

DIEZ TESIS SOBRE LA MUNDIALIZACIÓN*

JOSÉ MARÍA VIDAL VILLA**

El final de la guerra fría y el desmoronamiento del proceso de transición socialista en la Unión Soviética y otros países europeos han provocado un cambio trascendente en el mundo: por primera vez en la historia, el capitalismo aparece como un único modo de producción dominante a escala planetaria, sin rivales ni alternativas a corto plazo.

La pervivencia de sociedades “socialistas” como la china, la coreana del norte o la vietnamita en Asia y en la cubana en América Latina, representa únicamente el deseo voluntario de resistir al desmoronamiento generalizado y, si nos atenemos al transcurso de los acontecimientos, más pronto o más tarde acabaran siendo absorbidas por el capitalismo mundial.

Esta situación no implica que el capitalismo “haya triunfado” ni que sea el mejor sistema económico político y social posible. Muy por el contrario, el capitalismo demuestra hasta la saciedad, y los hechos también lo corroboran, que fracasa estrepitosamente cuando de lo que se trata es de asegurar el bienestar o la supervivencia del conjunto de la humanidad. Más de mil millones de personas viven por debajo del umbral de la pobreza, según datos de organismos internacionales como el PNUD o el Banco Mundial. Y más de tres mil quinientos o cuatro mil millones viven en situación de pobreza o subdesarrollo. Se argumenta, por otra parte, que es imposible la generalización del patrón de desarrollo de los países más ricos al conjunto del mundo, por cuanto tal desarrollo no sería sostenible materialmente, dados sus efectos sobre los recursos no renovables y su carácter destructivo del medio ambiente. Tal situación, por consiguiente, en términos humanos globales, significa la realidad de un fracaso del capitalismo a nivel general.

Ahora bien la ideología, incluso la teoría económica, desarrollada en el último decenio pone de manifiesto únicamente una parte de esta cuestión: el éxito del capitalismo para desarrollar a algunos países, básicamente los denominados “países industrializados”, eufemismo que designa a aquellos países en los cuales el capitalismo se desarrolló autónomamente y que fueron en su momento potencias colonialistas e imperialistas. En otra terminología, se trata de los países del centro del sistema.

En su afán de auto elogio, en su absoluta seguridad ante el fin del modelo alternativo soviético, los teóricos del capitalismo han elegido el enfoque parcial, basado sólo en la experiencia de los países mas desarrollados y han abandonado el enfoque global, holístico, estructural. Junto a la campaña de desprestigio contra el marxismo como método de análisis de la realidad, han caído también otros enfoques no marxistas, como la teoría de la dependencia y el estructuralismo, cuyo desarrollo en América Latina en el decenio del 60 y principios de los 70 significó un intento de analizar los problemas de la economía mundial desde un punto de vista global y no parcial, como pretendía la teoría

económica convencional. Enfoques como los de Prebisch, Cardoso, Faletto, Sunkel, Dos Santos, Marini, Gunder Frank, Laclau y otros en América Latina, o Samir Amin, Arrighi, Wallerstein o Emmanuel en África y Europa han sido abandonados, desprestigiados y abolidos del interés de la “ciencia económica convencional”; no tan solo los métodos, los análisis y sus conclusiones, sino además la temática.

Este fenómeno no ha afectado únicamente a los pensadores estructuralistas, sean marxistas o no. También en el campo de la ciencia económica convencional ha desaparecido prácticamente un enfoque globalizador, los cual se manifiesta en la escasa, por no decir nula, presencia de autores que sigan la senda de los creadores de la teoría del desarrollo, tales como Myrdal, Nurkse, Lewis, Hischman, Streeten, Singer, Seers o Chenery. Este abandono es un efecto mas de la prepotencia neoclásica, que continúa entendiendo que los modelos válidos para los países desarrollados son modelos universalmente válidos, olvidando por tanto la especificidad de las condiciones económicas de los países subdesarrollados y dependientes, es decir, olvidando un enfoque global que permita explicar la evolución y la situación general de la economía mundial. Estas carencias dan lugar a una incapacidad para explicar los fenómenos reales de la economía de nuestros días. Autores como Thurow o Krugman entre los anglosajones y algunos continuadores de los regulacionistas franceses intentan abordar esta problemática desde un punto de vista global, pero sin un cuerpo teórico que dé coherencia interna a su discurso. Lo que hoy predomina son modelos de corte neoclásicos que, en el ámbito mundial, tratan de explicar el comercio internacional, la movilidad de capitales, la integración económica y sus beneficios o prejuicios, el funcionamiento financiero y monetario a nivel internacional, etcétera. Falta, sin embargo, un esfuerzo en la vía de recuperar el enfoque holístico, globalizador, que utilizó el pensamiento estructuralista.

Y ello ocurre precisamente cuando la globalización, la interdependencia, en suma la mundialización, son los fenómenos que caracterizan con mayor vigor nuestra época. Por este motivo, me parece más apremiante que nunca la necesidad de abandonar el terreno del análisis parcial y enlazar de nuevo con los análisis globales que hace dos decenios, recogiendo su herencia, superándola y utilizando su enfoque para el análisis de la realidad actual.

En este sentido, quisiera en este texto enumerar brevemente alguna de las distintas problemáticas que se presentan ante los investigadores de finales del siglo XX, problemáticas que resumo en las diez tesis que se exponen a continuación.

1. LA MUNDIALIZACIÓN ES LA CULMINACIÓN DEL PROCESO HISTÓRICO DE EXPANSIÓN DEL CAPITALISMO Y EL EFECTO DE SUS PROPIAS LEYES ECONÓMICAS.

La globalización económica, tal como se designa hoy a la creciente interdependencia entre diferentes estados, en la expansión de un fenómeno de mayor alcance que la simple

interconexión entre los estados. En mi opinión, representa la culminación a escala planetaria del proceso de expansión capitalista.

Este proceso se inicio hará poco más de dos siglos con la creación de los primeros mercados locales de empresas capitalistas en algunas ciudades europeas. El crecimiento de la producción y el aguijón de la competencia originaron un segundo proceso, de enorme trascendencia, que fue la constitución de los mercados interiores de cada estado, nacional o no, que protegía a sus empresas frente al exterior y, en teoría, garantizaba en su interior la libre modalidad de mercancías, capitales y personas sin ningún tipo de trabas.

La consolidación de los mercados interiores y sus correspondientes mercados centrales dio un gran impulso al desarrollo capitalista y lo caracterizó hasta prácticamente nuestros días, en los cuales aun continúa presente el mercado interior como terreno en que se libra la competencia entre empresas nacionales y extranjeras.

La protección de los mercados interiores significó la creación de una base segura y sólida para el desarrollo del capitalismo nacional en las principales potencias económicas de Europa, América, Japón, primero en su fase concurrencial y a finales del siglo XIX en su fase monopolista.

Paralelamente a la consolidación de tales mercados interiores se desarrolló un importante proceso de expansión “exterior” del capitalismo, es decir, los capitales de las potencias capitalistas europeas necesitaban rentabilizarse fuera de sus fronteras. Surge así el imperialismo y la primera gran ola de expansión capitalista a nivel mundial. Sin embargo, el imperialismo no mundializa el capitalismo, no crea un mercado mundial ni un único terreno para el desarrollo de la competencia entre capitalistas. Por el contrario, el imperialismo crea cotos cerrados coloniales de cada potencia y exacerbó la rivalidad entre potencias, dando lugar al estallido de dos guerras mundiales.

El imperialismo tiene dos efectos fundamentales en la creación de las bases de la mundialización:

Destrucción de las economías de los países colonizados e implantación en ellos de economía dependientes de la metrópoli, distorsionada hacia la especialización productiva (monocultivo ó mono producción) y orientadas hacia la exportación.

Como resultado de esa destrucción y de la inserción de los pueblos colonizados en la esfera de la influencia capitalista, se crea un sistema capitalista mundial, en el cual las estructuras económico-sociales de los países colonizadores –centro del sistema– se impone sobre las estructuras económico- sociales de los países colonizados, periferia del sistema.

El fortalecimiento de los Estados capitalistas del centro del sistema y su rivalidad por el control mayor de territorios en el resto del mundo caracterizaron la historia humana hasta, como mínimo, finales de la segunda guerra mundial. A partir de ella, surge una nueva manera de entender el dominio exterior el llamado neoimperialismo, que combina la dependencia económica con la independencia y soberanía política de los pueblos que fueron colonias. La “interdependencia” entre centro y periferia respecto al centro. Pero lo más trascendente es el intento de generalización de la apertura comercial y financiera de unos países del centro con respecto a otros.

En esta nueva fase, el capital, cuya expansión continúa siendo imprescindible, comienza a chocar en su necesario camino hacia el reconocimiento, con las trabas impuestas por los propios Estados “nacionales”. Se trata de liberar el comercio internacional, de abolir el máximo las trabas al libre movimiento de capitales y, en suma, de crear las condiciones para la formación de un mercado mundial único, en cuyo seno se desarrolle sin obstáculos la competencia y la confrontación entre las diferentes empresas productivas y fracciones del capital. Ese largo proceso es el que hoy día está en curso y se enfrenta a la resistencia pertinaz de los Estados centrales surgidos en etapas anteriores del desarrollo capitalista y que respondían por tanto a otras necesidades históricas. Esa es la contradicción más importante de nuestra época para la evolución del capitalismo: la contradicción entre mundialización de la economía y la persistencia de los Estados centrales.

A nivel teórico, este proceso implica la culminación de la internacionalización del ciclo completo del capital, en sus tres aspectos:

- a) Internacionalización del capital mercancía, a la cual favorecieron el desarrollo del comercio internacional y, sobre todo, la creación de las bases para la formación de un auténtico mercado mundial.
- b) Internacionalización del capital dinero, cuya consolidación se produce merced a la libre movilidad internacional de los capitales, impulsada por la inversión extranjera, la acción de las empresas multinacionales, los préstamos y créditos internacionales y, en última instancia, por la vigencia casi universal de un sistema monetario que determina la economía “interior” de cada país.
- c) Por último, internacionalización del capital productivo, que da lugar a la segmentación de la producción en varios países, con el objeto de maximizar beneficios y minimizar costos y que ha sido posible gracias a la existencia de una base material – productiva, de transportes y comunicaciones, tecnológica- que lo permite.

Estos tres procesos son, en un nivel superior, semejantes a los que se produjeron en el interior de los principales países capitalistas desarrollados en el período de formación de sus mercados inferiores y su constitución como modernos Estados nación. En aquel período se tuvo que luchar en contra de las trabas y cortapisas de origen feudal o mercantilista que se oponían a la libre expansión del capital. Hoy, a nivel mundial, el capital tiene que luchar en contra de las trabas y cortapisas que los Estados centrales oponen a su libre expansión. En esta confrontación confusa, entre una tendencia de fondo que intenta sostener la soberanía de los Estados centrales, se desarrolla el proceso de mundialización, con dificultades inmensas que inexorablemente tendrá que superar, abatiendo los obstáculos que representan las fronteras nacionales para su expansión.

Ello plantea un problema adicional: ¿es posible la aparición de un Estado supranacional, incluso de un Estado mundial? Este es un tema crucial que no está siendo debidamente observado y estudiado y que, sin embargo, es el verdadero *quid* de la situación actual.

Paralelamente a este proceso de fondo, existe otro, más aparente. Se trata del ciclo capitalista. Durante el siglo XX, el ciclo del desarrollo capitalista ha atravesado por sus cuatro fases (recuperación, auge, crisis y depresión) al menos en dos ocasiones:

- Crisis de depresión hasta el fin de la primera guerra mundial.
- Recuperación y depresión entre 1929 y el fin de la segunda guerra mundial.
- Recuperación y auge entre 1947 y 1967-1973
- Crisis y depresión entre 1967-1973 y nuestros días.

Son dos las principales manifestaciones del ciclo en el siglo XX que lo diferencian de los ciclos del siglo anterior:

a) Aumento de su duración. Los ciclos de plazo medio solían durar entre 7 y 10 años. En la situación de consolidación del capitalismo monopolista y de intervención cada vez mayor del Estado en la economía de cada país la onda del ciclo medio se ha hecho más larga. Ello quiere decir que auges y depresiones tienen mayor duración.

b) Generalización mundial del ciclo. A diferencia de las crisis nacionales del siglo XX, en nuestro siglo la crisis se difunde internacionalmente y afecta al conjunto del sistema capitalista mundial. No al mismo tiempo ni con la misma intensidad, pero el carácter cada vez más global de la economía (mundialización) ha dado lugar a que la crisis en un país influya en la economía de otros, hasta generalizarse en el conjunto del sistema. Otro tanto pasa con los auges.

A los efectos del ciclo económico de medio plazo cabe añadir los efectos sobre la actividad económica del ciclo de corto plazo, con una serie de recesiones y alzas de tipo coyuntural.

Son, pues, tres los procesos que se superponen en la economía mundial de nuestros días: la mundialización de la economía, el ciclo medio, hoy en fase de crisis y depresión, y el ciclo corto. Voy a referirme a continuación básicamente a la problemática del primer proceso, el de la mundialización del capital.

2. EXISTE LA BASE TÉCNICO-MATERIAL PARA LA MUNDIALIZACION

El proceso de mundialización económica se asienta sobre bases estructurales: mundialización de la propiedad, del proceso productivo, de la división del trabajo, de la salarización, etc. Pero ello no basta. Es preciso también que se produzcan los pertinentes cambios en la superestructura del sistema, en los estados, sobre todo; asimismo, es necesario que exista un soporte físico, material, sobre el cual desarrollarse, es decir, hace falta que exista la infraestructura que permita la mundialización.

Esta infraestructura ya existe. La tecnología moderna es el soporte del proceso de mundialización y sin ella no sería posible. Las características más destacadas de esta tecnología son las siguientes:

Producción en masa a ritmos cada vez más acelerados.

Segmentación del proceso productivo, lo cual permite su internacionalización.

Control de los procesos a distancia: producción, compras, ventas, financiación, etc.

Rapidez y eficiencia en el transporte de grandes masas y volúmenes de mercancías.

Homogeneización de productos, de hábitos de consumo, de sistemas de ventas, de sistemas de financiación, etcétera.

Este conjunto de capacidades y posibilidades caracteriza el actual grado de desarrollo de las fuerzas productivas cuyo rasgo principal es que se ha vencido, económicamente hablando, la resistencia que la distancia oponía a la generalización de los procesos económicos capitalistas. La homogeneización de hábitos de consumo, la estandarización de la producción industrial, la creciente similitud en la forma de cultivo de la tierra (con uso creciente de productos industriales: abonos, pesticidas, etcétera), favorecen la mundialización.

Otro aspecto de la moderna tecnología es el importante incremento de productividad. La utilización de la robótica, la informática y la automatización ha permitido elevar considerablemente la productividad del trabajo y da lugar a profundos cambios en la organización de la producción, lo cuál permite, entre otras cosas, la segmentación del proceso productivo y su realización en lugares distantes.

Ello permite aprovechar las ventajas comparativas de las diferentes posibles localizaciones para las actividades empresariales: bajos salarios, proximidad de las materias primas, legislación favorable (zonas francas), etcétera. Por consiguiente, existen las condiciones materiales que permiten producir en gran escala en uno o varios países y vender en otros.

Al propio tiempo, los modernos sistemas de transportes y comunicaciones permiten el control a distancia rápido y eficaz, tanto de los procesos productivos, como de la comercialización. En nuestros días, las decisiones de producción, compra, venta, etcétera, no se adopta en el ámbito de un Estado "nacional", sino que abarca el conjunto del mundo. La competencia interempresarial no se dilucida ya en el mercado interior, sino, cada vez más, en el mercado mundial. Las tecnologías se homogenizan y permite buscar factores que minimicen costos.

A igual tecnología es más rentable producir, por ejemplo, en países con bajos costos salariales. Ello da lugar a que mercancías producidas, digamos, en Corea del Sur, Taiwán o la India, a igual tecnología y calidad, sean más baratas en los mercados de Europa o Estados Unidos que las producidas en el propio Estados Unidos o Europa. Por consiguiente, la tecnología actual está en condiciones de ser un eficaz soporte de la mundialización económica.

3. EL MODELO DE INDUSTRIALIZACIÓN SOBRE EL QUE SE ASIENTA LA MUNDIALIZACIÓN ECONÓMICA TIENE EFECTOS PERVERSOS: LA DESTRUCCIÓN DEL MEDIO AMBIENTE Y EL AGOTAMIENTO DE LOS RECURSOS NO RENOVABLES.

Una de las manifestaciones no deseadas del proceso de mundialización económica es la generalización de la destrucción del medio ambiente que trae consigo el modelo energético y de industrialización propio del capitalismo. Tales efectos desbordan ampliamente el marco de las fronteras nacionales y dañan el equilibrio ecológico del conjunto del planeta. Actividades industriales, de transportes, de servicios o de consumo

(automóviles, refrigeración, calefacción, etcétera) dañan el medio ambiente sin respetar las fronteras.

Asimismo, la utilización masiva de recursos naturales no renovables crea problemas serios para la generalización del modelo a todos los países del mundo y abre serias dudas sobre su posible mantenimiento en el futuro. De ahí que la reciente Conferencia de Río se haya planteado, a nivel mundial, la necesidad de optar por un desarrollo sostenible que condena implícitamente a la mayor parte de los países del mundo – a la periferia del sistema – al no entrar en el concierto de las naciones industrializadas, al menos siguiendo el modelo hasta hoy imperante.

Esta recomendación no deja de ser, como tantas otras, ilusoria. El desarrollo del capitalismo continuará tal y como ha venido produciéndose hasta hoy y extenderá su modelo de industrialización a todos aquellos lugares en que resulte rentable, tanto si deteriora como si no el medio ambiente. Lo cual permite prever colapsos ecológicos ciertos en un futuro no muy lejano, a no ser que la ciencia y la técnica modifiquen sustancialmente los patrones de conducta y de producción hasta hoy utilizados.

Pero lo que cabe resaltar en este momento son los efectos generales del deterioro del medio ambiente que no afectan a un país u otro, sino al conjunto del mundo. Esto es una señal más de que la problemática presente ha dejado de ser nacional y empieza a ser mundial.

4. LAS EMPRESAS MULTINACIONALES SON EL AGENTE ACTIVO DEL PROCESO DE MUNDIALIZACIÓN ECONÓMICA

Las empresas multinacionales son la expresión concreta del proceso de mundialización y como tales son el agente activo del proceso. La acción de dichas empresas da lugar a importantes modificaciones de tipo estructural en el funcionamiento del capitalismo, que afectan a sus leyes más básicas, tales como las siguientes:

Generalización de la propiedad internacional de las empresas, de tal manera que la propiedad sobre los medios de producción deja de ser exclusivamente de capitalistas de un mismo origen nacional y se funde en un solo capital, en el cual el origen nacional de sus propietarios pierde sentido.

La rentabilización del capital se produce de forma extranacional. El cálculo económico de las empresas multinacionales no se limita al marco de un solo Estado: su campo de actuación es el conjunto del mundo capitalista.

Se produce la valoración mundial del capital, lo cual implica que el tiempo de trabajo socialmente necesario (TTSN) que regula el valor de las mercancías se establece a nivel mundial, no nacional. Efectivamente, la competitividad ó no de una empresa ya no depende únicamente de las condiciones de producción en el país en el cuál desarrolla su actividad, sino que se establece en comparación con otras empresas de ámbito mundial, es decir, en ausencia de barreras proteccionistas, una empresa “nacional” cuyo tiempo de

trabajo individual fuera superior al TTSN mundial sucumbirá ante la competencia de otras empresas no “nacionales”.

El resultado es que los precios de producción y de los precios de mercado ya no se regulan únicamente en función de las condiciones “nacionales” que enmarcan los procesos productivos, sino con referencia a las condiciones mundiales de dicha producción. Sin la existencia de barreras proteccionistas, una empresa cuyo costo de producción sea mayor que el de sus competidores a nivel mundial, simplemente no podría existir.

En el ámbito de la dirección de las empresas, se produce también una modificación sustancial: la toma de decisiones se efectúa sobre un ámbito mundial, no nacional. El objetivo es maximizar los beneficios de la empresa y, por ende, las decisiones de producción, de utilización de una u otra tecnologías, de utilización de uno u otro proceso productivo, incluso de reparto de beneficios, se fundamenta en las necesidades y en los resultados de la empresa a nivel mundial y no en un solo Estado. Ello da lugar a que una empresa multinacional esté en condiciones de cerrar una planta en un país para reubicarla en otro si las condiciones de rentabilidad global así lo aconsejan, prescindiendo de los intereses “nacionales” del Estado en cuestión. El capital no tiene patria

Por consiguiente, las empresas multinacionales adoptan decisiones de localización óptima mundial, no nacional. La estrategia de localización óptima de plantas productivas prescinde del carácter nacional del origen del capital y se despliega sobre todo el mundo y depende exclusivamente de los intereses “nacionales” de los países donde se abren, o se cierran sus instalaciones productivas, lo cual pone claramente de manifiesto la independencia y autonomía de decisión de las empresas multinacionales con respecto a los diferentes Estados.

La acción de las empresas nacionales desborda el marco de los Estados “nacionales”, que se muestran incapaces de controlar su actividad. Ahora bien, dado el importante peso específico de las empresas multinacionales en la actividad económica “nacional” de muchos Estados (podría decirse de todos los Estados), surge a la luz el papel subordinado y frágil de los Estados ante las decisiones legítimas de las empresas multinacionales que actúan en su territorio. De las decisiones que adopten éstas dependen la situación económica y la evolución futura de su “economía nacional”.

5. EL MERCADO MUNDIAL AÚN NO EXISTE PLENAMENTE: EN LA ACTUALIDAD SE ASISTE A UN PROCESO DE TRANSICIÓN DESDE EL COMERCIO INTERNACIONAL A LA FORMACIÓN DE UN AUTÉNTICO MERCADO MUNDIAL.

Uno de los requisitos básicos para la existencia de una economía capitalista plena (ya sea nacional, ya sea mundial) es la libertad de movimiento de capitales, fuerza de trabajo y mercancías. Estas tres características se cumplen plenamente en el marco de los Estados “nacionales”. Una de las principales trabas es la que se impone a la libre circulación de mercancías.

Una de las características sine qua non de la mundialización económica es la existencia plena de un mercado mundial. En un primer momento este proceso afectó únicamente a algunas mercancías: los llamados “productos primarios”, mercancías de exportación básicamente con origen en los países periféricos (minerales, petróleo y gas natural, frutas, productos agrarios). Tales mercancías se rigen en su comercialización mundial por la existencia de precios mundiales (no necesariamente determinados productores), y tiene que ser la producción interior la que se adecue a dichos precios para poder competir en el mercado mundial. En la actualidad, merced a la progresiva liberalización del comercio internacional patrocinada por el GATT, estas condiciones alcanzan ya a productos industriales e, incluso, a servicios.

Este proceso tiene que ver con la modificación del ámbito en el que se desarrolla la competencia. La competencia es la forma específica que adoptan las relaciones entre los diferentes capitalistas. Se produce en el mercado, entendido éste como el lugar en el cual las mercancías se confrontan entre sí para obtener comprador. De ahí que, tradicionalmente, la competencia haya adoptado la forma de competencia en precios y calidades. Desde fines del siglo pasado, el ámbito natural de la competencia es el mercado nacional. Fuera de sus límites se produce la llamada competencia internacional, que de hecho no es competencia entre naciones, sino competencia entre empresas situadas en diferentes Estados.

El comercio internacional es, como todo comercio, comercio interempresarial. A falta de una regulación mundial de cada uno de los diferentes mercados, los precios de las mercancías “extranjeras” que pretenden competir en cada uno de los mercados “interiores” sufren una considerable distorsión. Sus precios obedecen a los precios de producción del país en el que han sido producidas más la distorsión correspondiente a la barrera arancelaria del país en el que quieren ser vendidas (más coste de transporte y seguros). Por tanto, no es propiamente una competencia del mismo tipo que la que se desarrolla en el marco del mercado interior.

En virtud de dichas características, esta competencia aparece más como competencia internacional que como competencia interempresarial, debido al importante papel que juegan los Estados tanto en la formación del precio de producción interior como en el establecimiento de políticas comerciales exteriores: barreras arancelarias, subvenciones y otros instrumentos de protección frente a la competencia “exterior”. No se trata de un mercado mundial en sentido estricto, sino de comercio exterior de empresas de base nacional diferenciada. Por consiguiente, la libre competencia plena no existe aún en este marco. Ello permite la subsistencia de numerosas empresas no competitivas a nivel mundial, protegidas celosamente por las barreras arancelarias y otros sistemas de protección de sus respectivos Estados. Pero esta actitud va abiertamente en contra de los intereses del capital, en general, sobre todo del capital cuya expansión produce la mundialización. La protección puede favorecer a fracciones del capital “nacional”, obsoletas o poco competitivas, pero perjudica a otras fracciones del capital, no

necesariamente "nacionales", cuya expansión requiere la eliminación de esos obstáculos a la libre movilidad de las mercancías.

Por ello, a pesar de ser una tendencia vigorosa e inexorable, el mercado mundial como lugar en el que se efectúa la competencia entre empresas mundiales se encuentra aún en sus inicios. Hoy todavía se confunde el comercio entre empresas con el comercio entre naciones y todavía se habla de comercio internacional aunque sea en realidad comercio interempresarial o, incluso, ínterempresarial (entre unidades de una misma empresa multinacional en países diferentes).

El mercado mundial sólo podrá expandirse plenamente cuando esté absolutamente libre de trabas, es decir, cuando no exista ningún obstáculo (superestructura) al libre movimiento de las mercancías. Sólo entonces podrá hablarse con rigor de mercado mundial. En la actualidad se asiste a una transición entre la situación anterior en la que predominaba el comercio internacional y la futura en la que existirá únicamente el comercio interempresarial a nivel mundial.

6. LA MUNDIALIZACIÓN REQUIERE LA LIBRE MOVILIDAD DEL CAPITAL A. ESCALA MUNDIAL ÉSTE ES UNO DE LOS ASPECTOS EN LOS CUALES EL PROCESO ESTÁ MÁS AVANZADO

La libre movilidad de capitales es otro de los requisitos básicos para el funcionamiento pleno de la economía capitalista. En un mundo organizado sobre la base de la plena soberanía de cada Estado "nacional" en su territorio, han existido y existen fuertes trabas a esta libre movilidad del capital. Sin embargo, de las diversas condiciones que exige la mundialización (libre movimiento de mercancías, de fuerza de trabajo, etcétera), ésta es la que está más avanzada.

La primera forma que adoptó la movilidad internacional de capitales fue la inversión extranjera ampliamente desarrollada en la época del imperialismo y subsistente hasta nuestros días. Sin embargo, no era propiamente la "libre movilidad de capitales", puesto que estaba sometida a la legislación diferencial tanto del país de origen como del país de destino.

De aquí que una de las exigencias más relevantes de las empresas multinacionales, de la gran banca internacional y de todos los agentes económicos cuyo ámbito de actuación es mundial, sea la libre movilidad del capital, tanto para su inversión, como para la repatriación de beneficios.

En la actualidad, existen ya ciertas formas de financiación mundial. Las empresas multinacionales pueden acudir a la financiación de bancos de su propio país de origen, pero también de los bancos del país de destino o incluso de países terceros. No existe límite para esta actividad. La movilidad del capital a este respecto está alcanzando su mínimo desarrollo, aún no pleno por la existencia de condiciones diferentes en cada

Estado (legislación, tipo de cambio...), pero cada vez más próximo a la situación de libre movilidad de capital.

Otro aspecto de la financiación internacional en trance de mundializarse es la participación de capitales de distintos orígenes nacionales en la propiedad de las empresas de ámbito mundial, lo cual mundializa no sólo la explotación, sino la propiedad y la percepción de beneficios. Es corriente la práctica de crear sociedades anónimas ad hoc en los países de destino de una inversión, en cuyo capital social intervienen capitalistas, bancos e incluso el propio Estado del país receptor de la inversión.

Un tercer aspecto de gran relevancia es la amplia interconexión entre las distintas monedas "nacionales", cuya cotización, tras el fracaso del sistema monetario internacional establecido en Bretton Woods, se efectúa libremente en el "mercado mundial" de divisas. Ello implica la existencia de la libre convertibilidad de las distintas monedas, de la flotación en la paridad de cada moneda con respecto a las restantes, que se establece en función de la acción del mercado cambiario y que, por tanto, escapa en numerosas ocasiones al control del Estado "nacional" que las acuña. En los casos más extremos, numerosos países se adscriben subsidiariamente a la influencia de una "moneda fuerte" y se produce la "dolarización" u otros procesos semejantes que dan lugar a la aparición de "zona del dólar", "zona del yen", "zona del franco, del marco, de la libra", etcétera. En suma, a nivel monetario comienza también a prefigurarse la aparición necesaria en el futuro de una moneda mundial única, objetivo ciertamente lejano pero que ya se apunta en el horizonte.

Un cuarto aspecto de la financiación internacional es la intervención cada vez más activa de bancos e instituciones internacionales en la financiación interna de numerosos países, que originó, entre otras causas, la crisis de la deuda del decenio de los ochenta.

El quinto aspecto relevante es la fuerte conexión entre las diferentes bolsas de valores del mundo. Las oscilaciones en las cotizaciones en una bolsa tienen repercusión inmediata en las restantes. Sin ser un mercado unificado de valores, sí se están sentando las bases para que lo sea en un futuro no muy lejano.

Por último, hay que señalar la importancia creciente de la cooperación internacional y de la ayuda oficial al desarrollo como mecanismo de financiación de numerosos Estados de la periferia. Se trata en este caso de transferencias de capitales cuyo principal objetivo es evitar la bancarrota de Estados "nacionales" periféricos que por sí solos son incapaces de mantenerse a sí mismos (a los Estados no a los pueblos). Es una especie de impuesto que los países de mayor desarrollo económico pagan por el mantenimiento de Estados que garanticen la estabilidad del sistema mundial en su actual estructura basada precisamente en la existencia de Estados "nacionales". Y es, además, una forma más de dependencia económica y de mundialización del capital, en este caso, público.

7. LA MUNDIALIZACIÓN REQUIERE LA LIBRE MOVILIDAD DE LA FUERZA DE TRABAJO A ESCALA MUNDIAL ÉSTE ES UNO DE LOS ASPECTOS EN LOS CUALES EL PROCESO ESTÁ MÁS ATRASADO

A medida que se avanza hacia la consecución de cada vez mayor libertad de movimiento para el capital a nivel mundial, potenciada por una aceleración de la centralización del capital que supera con claridad las fronteras nacionales, se produce otro proceso, a nivel "nacional", pero curiosamente al unísono, y es que en la mayoría de países se potencia la libertad de despido y la flexibilización del mercado laboral, es decir, se trata de obtener la máxima libertad para el capital en cuanto a la utilización óptima para sus intereses de la fuerza de trabajo. Significa en cierta forma el fin del Estado de bienestar de posguerra y el inicio de un proceso de desregulación.

Ahora bien, mientras que el capital alcanza cuotas cada vez más altas de movilidad internacional, la fuerza de trabajo continúa rígidamente fijada en sus lugares de origen. Para evitar la libre movilidad de la fuerza de trabajo, que significaría un inmenso movimiento migratorio sur-norte, los Estados del centro acuden a medidas legislativo-represivas. Es el Estado el que frena y persigue legalmente la emigración en sentido sur-norte, lo cual representa una clara distorsión del principio de libre movilidad de los factores (por supuesto, algunos autores neoclásicos han teorizado la no necesidad de esta libertad de movimiento de los trabajadores).

Como resultado de esta rigidez, que impide el libre movimiento internacional de la fuerza de trabajo, conviene citar dos grandes tendencias:

Incremento de la desigualdad internacional de salarios, lo cual representa un abanico de salarios creciente a nivel mundial y, por consiguiente, el mantenimiento en el sistema de las condiciones que permiten el intercambio desigual.

Igualación internacional de la tasa media de ganancia, que indica que la competencia entre los diferentes capitales se desarrolla en el plano mundial y no en el nacional.

En resumen, existe una profunda tendencia que impulsa hacia la consecución plena de la libre movilidad del capital. Esto representa todo lo contrario de lo que ocurre respecto a la libre movilidad de la fuerza de trabajo, en cuyo caso existe un clarísimo doble lenguaje que, por una parte, insta a conseguir la liberalización a ultranza para contratar y despedir trabajadores pero, por otra, frena y reglamenta estrictamente la emigración de trabajadores de la periferia del sistema hacia el centro.

Los movimientos migratorios en sentido sur-norte (o periferia-centro) son efecto de la enorme desigualdad existente en la distribución de la riqueza, así como de la falta de oportunidades de trabajo dentro del circuito capitalista en los países periféricos. Sin embargo, la moderna tecnología, que permite considerables aumentos de la producción por la vía del crecimiento de la productividad y que, por tanto, no necesita abundantes contingentes de mano de obra, impide la fácil absorción de los inmigrantes y da lugar a una abierta -y "legal"- política de rechazo a la inmigración.

Existe una contradicción entre el incremento de productividad, la disminución del empleo y el consumo de masas: más producción, más consumo y menos empleo es un trío inestable. Para consumir lo producido hay que tener con qué pagarla y si las actividades productivas tienden a expulsar trabajadores para incrementar su productividad, éstos sólo pueden ser consumidores si trabajan en el sector de los servicios o si viven de subsidios del Estado. Esta contradicción se agrava por supuesto en los países periféricos, donde ni los servicios ni el Estado pueden asumir estos "excedentes de población". Como resultado, se produce una fuerte presión sobre la emigración en los países periféricos y un incremento notable de la marginalidad en los países centrales.

Ambos fenómenos unidos dan lugar a dos consecuencias:

Emigración masiva de los pueblos periféricos en búsqueda de mejores condiciones de vida aunque sea en los empleos peor pagados y precarios de los países capitalistas desarrollados.

Freno a la inmigración, mediante restricciones legales. Pero al propio tiempo, surgimiento del racismo y la xenofobia en amplias capas populares de los países centrales que ven peligrar sus condiciones de vida y de trabajo y asocian este peligro a la competencia de los inmigrantes.

Se manifiesta, por tanto, una situación contradictoria que, por una parte, libera la movilidad de los capitales e internacionaliza la producción y la extracción de beneficios, pero, por otra, impide la libre movilidad de los trabajadores y, por tanto, consolida las diferencias salariales y de nivel de vida entre los habitantes de los países del centro y los de la periferia. Esta contradicción es uno de los frenos principales al proceso de mundialización económica en curso hoy día.

8. EL PROCESO DE MUNDIALIZACIÓN AUMENTA LA POLARIZACIÓN ENTRE RICOS Y POBRES Y PROFUNDIZA EL DESARROLLO DESIGUAL

Desde el final de la segunda guerra mundial y, más concretamente, desde la culminación de la descolonización de los antiguos imperios europeos, la estructura del sistema capitalista se ha caracterizado por una profunda desigualdad. La riqueza se polarizaba hacia los países del centro, mientras que la pobreza se polarizaba hacia los de la periferia.

Numerosos autores, incluso instituciones internacionales como la ONU, pensaban que se trataba de una situación provisional y que el desarrollo llegaría a los países recientemente independizados. Incluso se les bautizó como países en vías de desarrollo. Desde entonces, y hasta nuestros días, dichos países "en vías de desarrollo" siguen sin desarrollarse. Ninguno de ellos lo ha conseguido e incluso los que más han avanzado en el sentido del desarrollo capitalista (Corea del Sur, Taiwán) continúan perteneciendo a la periferia del sistema.

En vez del desarrollo económico previsto, lo que realmente ha acontecido es que se ha incrementado la polaridad y la distancia económica entre países del centro y países de la periferia, como lo reconoce el propio Banco Mundial en su informe acerca del desarrollo mundial de 1990. Los ricos son cada vez más ricos y los pobres más pobres.

Aun a esta dicotomía está afectando el proceso de mundialización económica. La difusión de actividades capitalistas "punta" en los sectores productivos (agrario, industrial) y en los servicios, está alcanzando a regiones y sectores enclavados en los países de la periferia. La actividad económica, el modelo de acumulación de capital, la tecnología, la obtención de beneficios y, en definitiva, la producción de riqueza empieza a producirse en lugares como Sao Paulo o Río de Janeiro, México, Buenos Aires, Nueva Delhi, Kuala Lumpur, El Cairo, Yakarta o Bangkok, es decir, las actividades empresariales de las multinacionales -incluso de algunas empresas "nacionales" que actúan en dichos territorios no son diferentes de las que se desarrollan en Estados Unidos, Japón o Europa, lo cual no implica que -se desarrolle el país, que continúa sumido en una economía dual, altamente polarizada internamente y con capte crecientes de la población marginada.

Lo que está en cuestión es el propio concepto de país. Las actividades económicas "modernas" que llevan a cabo en los países periféricos se conectan a la red internacional de actividades económicas por múltiples caminos -tecnología, comercio, finanzas, etcétera- y crean núcleos de actividad y población semejantes a los existentes en los países centrales. Pero el resto de la población -el país- permanece al margen de ese proceso. Paralelamente, en los países del centro, merced a las políticas de desregulación y a la hegemonía del imperialismo económico, son cada vez más los sectores de la población que permanecen fuera del circuito capitalista moderno y que, por tanto, se marginan; también en los países del centro, la distribución de la riqueza favorece el incremento del número de pobres que, en Estados Unidos, supera ya los 20 millones.

Aparentemente, la mundialización está rompiendo la estructura del sistema capitalista mundial, rígidamente organizada en torno a la existencia de países (de Estados "nacionales"), considerados como un todo orgánico y estructurales, y donde tienen la misma consideración países como India, Indonesia, Brasil o Pakistán, que Vainuatu, Andorra, Kuwait, Qatar o Trinidad y Tobago. Esta unidad se está rompiendo y el mundo del futuro tiende más a la forma de una estructura centro-periferia a nivel mundial, que prescinde de los países, que a la actual forma estructurada en torno a la existencia de dichos países independientes y soberanos.

Esto implica que seguirán existiendo el centro y la periferia, como modelos contrapuestos de acumulación, uno auto centrado, dinámico y dominante, el otro marginado, estancado y dependiente, pero esta estructura se plasmará en el conjunto del mundo y no país a país. Ya en la actualidad, por ejemplo, los sueldos de los altos ejecutivos de una empresa brasileña son semejantes a los de una empresa francesa o japonesa. Los beneficios de una empresa india se equiparan a los de empresas coreanas, norteamericanas o alemanas. Solo los salarios siguen manteniendo un abanico considerable.

Por consiguiente, hoy se asiste a un proceso de transición hacia la creación de un centro mundial, cuya actividad se desarrollará esencialmente en las ciudades y que abarcará a territorios hoy día situados en países del centro y también en países de la periferia.

Un problema llamativo es el crecimiento de la población marginada en los países del centro, que no obedece únicamente al impacto de la crisis económica, sino que tiene todas las características de convertirse en estructural. Desde hace 20 años, estas islas de miseria en medio de la abundancia no han cesado de crecer en Europa y Japón y, aparentemente, no dejarán de hacerlo. Esas masas de población marginadas son la nueva periferia" que aparece en los países del centro. Y en el extremo opuesto, en los actuales países de la periferia, surgen islas de ricos, empresarios, profesionales, técnicos, clases medias, cuyos hábitos de consumo y cuyo nivel de vida no se distinguen demasiado de los existentes en los países del centro: son "el nuevo centro" en los países de la periferia, bien vinculado internacionalmente e inserto en la red mundial de acumulación de capital.

Pero paralelamente subsisten y crecen los sectores de la población mundial que se sitúan por debajo del umbral de la pobreza, más de mil millones de personas, y más de 4 mil millones que se encuentran en situación lindante con la pobreza. En el peor de los casos esta situación llega a desembocar en hambre y muerte por inanición.

En suma, el capitalismo continuará desarrollándose, en este caso a nivel mundial, de la misma manera que lo ha hecho siempre: de forma desigual. El desarrollo desigual seguirá siendo su forma específica de manifestarse. Pero este desarrollo desigual ya no continuará entre cotos territorialmente cerrados, entre países, sino que adoptará la forma más pura del desarrollo desigual: entre clases sociales a nivel mundial.

9. EL PRINCIPAL OBSTÁCULO QUE SE OPONE A LA MUNDIALIZACIÓN ECONÓMICA EN NUESTROS DIAS ES LA SUPERVIVENCIA DE LOS ESTADOS "NACIONALES" QUE PERMITEN LA SUBSISTENCIA DE CONDICIONES INTERNAS DIFERENTES EN CADA PAÍS Y QUE, POR TANTO, DIFICULTAN LA HOMOGENEIZACION MUNDIAL

Los principales obstáculo, que se derivan de la actuación y pervivencia de los Estados "nacionales" son los siguientes:

Existencia de legislaciones "nacionales" diferentes que impiden la igualdad de oportunidades y la libre competencia efectiva a nivel mundial. El FMI tiene, entre otros objetivos, el de homogeneizarlas. Las políticas de apertura exterior y de comunidades económicas o comerciales (CE, EFTA, MERCOSUR, Tratado de Libre Comercio) van en este sentido.

Existencia de condiciones económicas "nacionales" diferentes que afectan a la moneda, al tipo de interés, al nivel de salarios, al tratamiento fiscal, a la legislación laboral, etcétera, son otros tantos de los obstáculos; que impiden la plena liberalización y que, por tanto, actúan en contra de la mundialización.

Pervivencia de intereses "de Estado", como la defensa del propio pueblo o de fracciones de él (agricultores europeos, por ejemplo); la defensa de intereses capitalistas nacionales o multinacionales de origen en el propio país; el mantenimiento o aumento del "prestigio nacional"; el fomento de la "riqueza nacional" frente a la "intervención extranjera", etcétera, son otros tantos de los elementos que se oponen a la plena libertad de movimientos de capital y, en definitiva, a la mundialización económica.

Los Estados se debaten entre dos juegos de intereses: los intereses hegemónicos de las fracciones de su capital "nacional" con intereses mundiales y los intereses no hegemónicos, pero mayoritarios en número de personas afectadas (y, por tanto, de votantes) de su capital "nacional" sin intereses exteriores. En este sentido, los Estados desempeñan el papel de garantes de los intereses de las fracciones del capital mundial con origen en su propio país, es decir, la competencia a nivel mundial no actúa únicamente como competencia interempresarial, sino que aparece sesgada por la actuación de los diferentes Estados.

Esta primera función del Estado -proteger a sus empresas "multinacionales", si las tiene, y si no las tiene, atraer a su país las de origen extranjero -, choca en muchas ocasiones con las fracciones del capital "nacional" propiamente dicho que se resisten más duramente al avance de la internacionalización. En muchos casos, los Estados actúan en favor de los intereses de sus capitalistas "interiores", en detrimento de los intereses del capital a nivel mundial, es decir, frenan o distorsionan el necesario e inexorable proceso de mundialización económica, no para defender a sus pueblos o asegurar la independencia y el bienestar interiores, sino para consolidar fracciones del capital, que sin protección del Estado serían borradas por la competencia de empresas de origen exterior.

Esta actitud choca con la tendencia profundo del sistema capitalista, que empuja hacia la mundialización y surge así una curiosa contradicción, en la cual los Estados "nacionales", cuya función es precisamente la de asegurar las óptimas condiciones para la acumulación del capital, se convierten en obstáculos objetivos de ella. Están pasando de ser los instrumentos de la expansión del capital a ser obstáculos de la misma.

Por otra parte, la resistencia de los Estados "nacionales" a "suicidarse" en beneficio de instituciones supranacionales, internacionales, o simplemente mundiales, permite suponer que habrá coletazos nacionalistas de Estado antes de que sucumban definitivamente como tales Estados centralistas y surjan nuevas formas de dominio de clase a escala planetaria.

En este contexto, se ha producido otro fenómeno que marca con gran vigor la época actual: la crisis de los Estados "nacionales" viene acompañada de la eclosión de los nacionalismos de "nación", no de Estado. Acontecimientos recientes ponen de manifiesto este proceso. En primer lugar, el estallido de la ex URSS en las múltiples naciones que la constituyan y el aún pendiente de la Federación Rusa. Con características fraguas, el que está en curso en la ex Yugoslavia, con enfrentamientos étnicos que no se conocían desde hace decenios. Pero no ocurre sólo en los antiguos países del ex "socialismo real".

Con mucha menor virulencia, pero con no menor firmeza de fondo, los fenómenos nacionalistas también se producen en los países de Europa Occidental: en Bélgica, entre valones y flamencos; en España, donde vascos, catalanes y gallegos mantienen una reivindicación secular de independencia; en Francia (vascos, corsos, bretones); en el Reino Unido (irlandeses del Norte, escoceses y, en menor medida, los galeses); en Italia, con la

eclosión de las ligas regionales. Y, en sentido contrario, en Alemania vuelve a renacer la política pangermanista, que pretende la reunificación en un solo Estado de todos los alemanes.

En Europa se superponen tres tendencias:

Constitución de un Estado supranacional, que en Europa estaría representado por la consecución de la unidad política en el seno de la CE.

Crisis de los Estados "nacionales", cuyas funciones se desdibujan -o se desdibujarán- en el seno de la Europa unida. En la medida en que Europa vaya asumiendo mayor número de competencias, los Estados europeos las irían perdiendo.

Auge de los nacionalismos de "nación". Los dos procesos anteriores permiten el desarrollo lógico -y pacífico- de las instalaciones propias de las naciones incluidas en Estados planea reclamos. Aparece la posibilidad de gobiernos directos de tales naciones, incluidas que en tanto que tales y como tales en el contexto global de la unidad europea, sin necesidad de un órgano intermedio –intermediario-, el cual sería el actual Estado central. Ello favorece el desarrollo de un tipo.

A nivel mundial el fenómenos que también se manifiesta, aun cuando son consistentes mucho más trágicos y violentos secesión de Eritrea de Etiopía tras una sangrienta guerra civil; estallido interno de Somalia; luchas interétnicas en numerosos países africanos; guerrilla indígena de Guatemala y, hasta cierto punto, en Perú; enfrentamientos entre hindúes y musulmanes en India y rebelión tamil en Sri Lanka; rebelión kurda en Turquía e Irak; enfrentamientos entre la población negra en la República Sudafricana, desde antes de haber conseguido la eliminación del poder blanco; en fin, reivindicación de una Palestina libre para los palestinos independiente de Israel.

Son fenómenos al parecer inconexos, una muestra del mar de fondo que acude al mundo y que se plantea precisamente cuando las condiciones para el desarrollo de la mundialización económica ya se están imponiendo. Ante tal evolución de los acontecimientos no cabe cerrar los ojos y "despreciarlos" como mero "folklore localista". Se trata, por el contrario, del signo de nuestro tiempo que sólo los Estados centrales y los habitantes de las naciones realmente representadas por esos Estados se niegan a reconocer.

El verdadero peligro estriba en que los Estados centrales actuales se resistan a su desaparición o a su pérdida de funcionalidad y se aferren a su poder. Ello abriría la puerta a algo mucho más peligroso: el nacionalismo de Estado, causante, entre otras razones, de varias guerras mundiales. Estados Unidos, Japón, China, Rusia, incluso alguno Estados europeos -como el británico, el francés o el alemán pueden caer en esa tentación nacionalista de Estado que, además de ir contra la corriente de la historia, sería la antesala para, una vez más, reeditar los enfrentamientos entre Estados que caracterizaron buena parte de la historia del siglo XIX y el siglo XX.

**10. EN LA ACTUALIDAD EL MUNDO ATRAVIESA UN COMPLEJO PROCESO DE TRANSICIÓN DESDE EL PREDOMINIO DE LAS ECONOMÍAS DE BASE NACIONAL HACIA LA PLENA HEGEMONÍA DE LA MUNDIALIZACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL, CUYOS PRINCIPALES OBSTÁCULOS NO PROVIENEN DE LA INFRAESTRUCTURA TÉCNICO-MATERIAL NI DE LAS RELACIONES PROPIAMENTE ESTRUCTURALES
(PROPIEDAD, DIVISIÓN DEL TRABAJO, PRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN, CONSUMO), SINO DE LA RESISTENCIA DE LOS ESTADOS "NACIONALES" A DESAPARECER**

En las páginas anteriores se intenta mostrar cuál es la tendencia profunda del capitalismo de nuestros días: el proceso de mundialización. La infraestructura económica, con su correspondiente base tecnológica, existe. Los principales elementos de la estructura de relaciones económicas también, sobre todo en lo referente a la propiedad sobre los medios de producción y la movilidad del capital.

Es la superestructura política y jurídica la que muestra un mayor atraso en este proceso y se convierte en obstáculo claro para su evolución. Pero este proceso ni es irreversible ni culminará plenamente a corto plazo.

En su camino ha de vencer muchas resistencias. Por ello, podemos hablar de proceso de transición hacia la mundialización, cuyos rasgos más distintivos son los siguientes:
Subsistencia de la polarización centro-periferia, marcada por el crecimiento de la desigualdad, el boom demográfico periférico, la presión migratoria sur-norte, los problemas de la miseria y el hambre en el sur, la problemática medioambiental, etcétera.

Tras el final de la guerra fría y la desaparición de la política de bloques antagónicos, surge una nueva situación en la cual se perfila una rivalidad tripolar, con los tres principales competidores-adversarios: EU, Japón y la CE, que mantienen entre sí una rivalidad comercial, económica, financiera, tecnológica, etcétera, que por el momento no ha adoptado cariz político, pero que puede convertirse en hostilidad, como ya ocurrió en otras ocasiones (dos guerras mundiales). En efecto, a falta de un enemigo común (la URSS), los principales países capitalistas vuelven a encontrarse frente a frente, en tanto que Estados centrales diferenciados y, por tanto, con intereses propios (de Estado) diferentes.

A un nivel más profundo se manifiesta una contradicción entre la base económica cada vez más mundializada y los Estados "nacionales", que es la manifestación más clara de la oposición entre la tendencia básica del sistema y la autonomía relativa de los Estados, principales obstáculos para la mundialización. El capital se internacionaliza, necesita y tiende hacia la formación de un mercado mundial. Pero los Estados "nacionales" se resisten al suicidio y se aferran a la defensa de su soberanía.

Esto da lugar a que exista un conflicto entre nacionalismos de "nación" y nacionalismos de "Estado", en virtud del cual la tendencia a la recuperación plena de la identidad política por parte de las diversas naciones se enfrenta a la intransigencia de los Estados centrales incluso para reconocer dicha tendencia, que, por cierto, no se opone al proceso general de

mundialización del capital. La proliferación de nacionalismos de "nación" contribuye a la mundialización. No así la pervivencia de los actuales Estados centrales.

Todo ello lleva hacia una nueva configuración del sistema capitalista mundial. El sistema mantendrá su estructura centro-periferia. Pero esta estructura tiende a no estar configurada por países, por Estados, sino por franjas de población, por sectores de la sociedad, por clases sociales en definitiva, a nivel mundial, es decir, diciéndolo de forma poco rigurosa: van a surgir centros en la periferia y periferias en el centro. Actividades de tipo central se desarrollan en grandes urbes de la periferia: en Sao Paulo, México o Buenos Aires, en Calcuta, El Cairo o Bangkok, se desarrollan actividades económico - financieras del mismo tipo que las que se efectúan en el centro del sistema.

Por el contrario, en los actuales países del centro, además de los inmigrantes del sur, se está consolidando una amplia capa de la población que padece una marginalidad semejante a la de los habitantes de los países de la periferia, en el sentido de que han sido apartados de los circuitos de producción y consumo propiamente capitalistas (pobreza, subsidios estatales, etcétera). Ambas situaciones se dan en la realidad de nuestros días y tienden a acentuarse. Para llegar a la culminación de la mundialización del sistema, el principal obstáculo es hoy el Estado "nacional".

Cuando el capital decida definitivamente prescindir de sus servicios surgirá una nueva era, la era de la economía mundial, en la cual el capital se enseñoreará de todo el mundo y las contradicciones de clase serán mundiales. El capital será mundial y la lucha de clases también.